

**Bokser Misses-Liwerant, Judit.** “Multiculturalismo”, en Germán Pérez Fernández del Castillo (comp.), *El léxico de la política en la globalización. Nuevas realidades, viejos referentes*. México, Miguel Ángel Porrúa, 2008, pp. 375-396.  
ISBN 9789708191043

**ORCID:** [orcid.org/0000-0003-4766-1335](https://orcid.org/0000-0003-4766-1335) (Judit Bokser Liwerant)

#### **RESUMEN / ABSTRACT:**

El trabajo analiza el desarrollo del concepto y de la problemática del multiculturalismo, atendiendo los diferentes enfoques con que ha sido abordado y los momentos por los que éste ha atravesado. Considera que el concepto comprende diversas dimensiones teóricas y prácticas que se han traslapado: la descriptiva, la filosófica y la de políticas públicas. Asimismo, considera que los contextos sociales y temporales en los que el multiculturalismo se ha desarrollado, y los consecuentes debates en torno a él, varían en su alcance y significado. Desde esta perspectiva, ofrece un análisis multidimensional del multiculturalismo incorporando tanto la dimensión colectiva de la cultura, así como los procesos de individuación identitarios.

This article analyzes the concept and problematic of multiculturalism, considering the different perspectives with which it has been approached and the moments through which it has gone through. The chapter considers that the concept includes several theoretical and practical dimensions that have overlapped: the descriptive, the philosophical and the public policy. It also considers that the social and temporal contexts in which multiculturalism has developed, and the consequent debates around it vary in scope and meaning. From this perspective, it offers a multi-demographic analysis of multiculturalism incorporating both the collective dimension of the culture, as well as the identity processes of individuation.

## *Multiculturalismo*

LOS EJES TEÓRICOS Y prácticos que han delimitado la emergencia y desarrollo del multiculturalismo, la cultura y el binomio identidad-diferencia ocupan un lugar central. En la medida en que la cultura ha devenido un territorio de expresión de disputas en torno a los modelos posibles o deseados de la convivencia social, su reconocida función de integración se ha visto cuestionada en su pretensión homogeneizante. Por su parte, el binomio identidad-diferencia expresa, en nuevos términos, la vigencia y a un renovado protagonismo de las identidades colectivas.

La conversión de la cultura en una arena de intensas discusiones y pugnas políticas en la que se proyecta la diferencia es un desafío novedoso. La concepción de la vida social en clave de diversidad y diferencia, y las respuestas a éstas, han puesto en evidencia los renovados significados de los procesos de construcción de las identidades colectivas con diferentes niveles de agregación y fluidez. A su vez, las pertenencias e identidades colectivas, más que ser expresión de universos totales e indiferenciados internamente, son el resultado de procesos de construcción y reconstrucción –cultural y social, individual y colectiva– cuyas dinámicas lejos están de corresponder a visiones esencialistas y a una definición fundacional inmutable. Por el contrario, las identidades se transforman y se construyen más allá de las definiciones originarias y del supuesto carácter unívoco de los procesos de transmisión identitaria. De allí que, sin adoptar una

\*Coordinadora de la División de Estudios de Posgrado en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM.

aproximación situacionista extrema –cuyas limitaciones frente a las identidades y pertenencias colectivas primordialistas resultan evidentes–, es necesario reivindicar las perspectivas constructivistas de la vida social, de la cultura y, por ende, de las diferencias.<sup>1</sup> A partir de ello, es posible comprender que en el seno de las culturas lo compartido no cancela la propia diversidad interna, las divergencias y disputas mediante las cuales ésta se construye, se apropia, reinventa, crea y recrea.

Por ello resulta importante el papel que los diferentes ámbitos de la esfera pública están llamados a desempeñar como terrenos de expresión de la diferencia, en nuevas articulaciones entre cultura, política e instituciones y el papel de estas últimas y el de las organizaciones en la regulación del conflicto entre los grupos y en la construcción de los mecanismos de mediación. En otros términos, las realidades que hoy enfrentamos nos conducen a explorar la necesidad de reconocer el pluralismo en sus diferentes dimensiones: junto al pluralismo cultural y a la diversidad social, se consolida la importancia del pluralismo institucional y político para garantizar los espacios institucionales de construcción de consensos. Desde esta perspectiva, las instituciones resultan fundamentales porque son las que cultivan normas compartidas y moldean las interacciones para la elaboración de acuerdos.<sup>2</sup> Por ello, el debate en torno a la diversidad no puede hacerse al margen de la construcción de una convivencia democrática y compete, consecuentemente, a los individuos y a las comunidades, a la cultura y a la política; a la sociedad y a la economía. Por ello la importancia de lo multicultural.

Paralelamente a la afirmación de las identidades colectivas, asistimos a procesos de individualización, por lo que se desarrolla una tensión permanente entre estos dos ámbitos. Ello remite

<sup>1</sup>Cfr. Michel Wieviorka, "Is Multiculturalism the Solution?", *Ethnic and Racial Studies*, vol. 21, núm. 5, septiembre de 1998, pp. 881-910 y Sheyla Benhabib, "Toward a Deliberative Model of Democratic Legitimacy", en S. Benhabib (ed.), *Democracy and Difference: Contesting the Boundaries of the Political*, Princeton, Nueva Jersey, Princeton University Press, 1996, pp. 67-94.

<sup>2</sup>Ira Katznelson, *Liberalism's Crooked Circle*, Princeton, Nueva Jersey, Princeton University Press, 1996.

a la relación compleja que los sujetos modernos mantienen con las identidades colectivas ya que, por una parte, participan voluntariamente en ellas y, por la otra, reclaman su libertad personal y su autonomía. De allí que desde este punto de vista el tema de las identidades colectivas y de las diferencias culturales en sociedades modernas está permanentemente confrontado con el del individualismo, que no puede ser minimizado sin abrir la puerta a prácticas que atentan contra las dinámicas de autoidentificación y configuración de identidades múltiples. Así como no hay una cultura mayoritaria homogénea, no hay una diferencia indiferenciada. La matriz teórica y práctica no puede subsumir las diferencias en nombre de la diferencia.

Ciertamente la diversidad cultural apunta hacia las transformaciones de los ámbitos privados y públicos, a los nexos entre individuo y comunidad, a las interacciones entre sociedad, política y cultura. El multiculturalismo en sus diferentes dimensiones se articula desde múltiples perspectivas que enfocan su mirada en un aspecto o en otro del complejo fenómeno de las relaciones humanas en sus diferentes niveles de estructuración, desde lo colectivo hasta lo individual y cognitivo, hasta llegar a los microsistemas sociales que operan por medio de categorías más colectivas.

Desde esta perspectiva, el presente artículo busca arrojar luz sobre ciertos procesos que reenvían la reflexión en torno al multiculturalismo, a los diferentes ámbitos de la convivencia social, cultural y política en los que grupos e individuos crean y recrean su vida.

\*\*

El concepto de multiculturalismo comprende diversas dimensiones que en los debates teóricos y prácticos se han traslapado. En primer lugar, aquélla propiamente descriptiva que alude a la presencia de diversos grupos étnicos y culturales en el seno de una misma sociedad, presencia exacerbada por el efecto de los procesos de globalización, sus consecuentes flujos migratorios e interacciones. En segundo lugar, figura la dimensión propiamente

te filosófica, cuyo desarrollo está orientado por una dinámica normativa y prescriptiva de frente a la realidad y, en tercer lugar, puede ubicarse la dimensión de las políticas públicas que se formulan de frente a la existencia multicultural. Así, Wieviorka,<sup>3</sup> retomando a Inglis, considera que la discusión en torno al multiculturalismo debe deslindar entre las diversas dimensiones involucradas en la cuestión: la dimensión demográfica y/o descriptiva; la ideológica y normativa, y la programática y de políticas públicas. A partir de esta distinción, la dimensión sociológica atendería el funcionamiento de las sociedades en las que el multiculturalismo se encuentra y explora sus nexos significativos con el manejo, producción y reproducción de la diferencia, por lo que el multiculturalismo es visto como el problema más que como la respuesta. La segunda dimensión, que conlleva un acercamiento de filosofía política, representa el ámbito privilegiado de discusión acerca de la conveniencia del multiculturalismo, esto es, sus costos evaluados moral y éticamente, por lo que el multiculturalismo aparece como una respuesta posible, ciertamente no la necesaria ni la única. La tercer dimensión de acercamiento correspondería propiamente a la formulación de políticas públicas; el análisis de las formas institucionales y políticas mediante las cuales opera y puede operar el multiculturalismo.

Otros autores han sugerido distinguir conceptualmente entre el concepto de lo multicultural, para el que reivindicarían la dimensión descriptiva sociológica de la sociedad del concepto de multiculturalismo como postura y políticas asumidas frente a la diversidad y su expresión en el ámbito público.<sup>4</sup>

Ciertamente el deslinde así como las articulaciones entre estos niveles permiten una ampliación de los horizontes prácticos, programáticos y filosóficos sin cancelar los ejes de complejidad involucrados. Las tres dimensiones no han mantenido una separación cabal, toda vez que en parte de la literatura contemporánea la descripción del fenómeno se media por opciones concep-

<sup>3</sup>Michel Wieviorka, *op. cit.*

<sup>4</sup>Bhikhu Parekh, *Repensando el multiculturalismo*, Madrid, Istmo, 2000.

tuales diversas que se ven no pocas veces acompañadas por posiciones metateóricas, tanto filosófico-éticas como políticas.

A su vez, los contextos sociales y temporales en los que se han desarrollado la existencia multicultural y los debates en torno a ella varían y con ellos, muchos de los significados. Desde esta perspectiva, entonces, se pueden ver las transformaciones contemporáneas de la realidad y la emergencia de nuevas problemáticas que han abonado al binomio identidad-diversidad como código fundante de las dimensiones identitarias, a la vez colectivas e individuales. Ciertamente el multiculturalismo cobró fuerza durante la segunda mitad del siglo xx en países como Canadá y Estados Unidos tanto como expresión de una política oficial, en el primer caso, como de una práctica educativa y política en el segundo, sobre todo a raíz del movimiento de lucha por los derechos civiles. En ambos resultaban implicados ya los cambios que se daban en el lugar y alcance de los procesos de integración de grupos que gravitaban en el espacio nacional poniendo de manifiesto las diferentes implicaciones del concepto de integración nacional y el lugar que en ella jugaba el dominio de la cultura. Esta última se mostraba como territorio de encuentros y, simultáneamente, de construcción de diferencias de identidades grupales; con ello, la cultura dejaba de ser el exclusivo dominio de la cohesión social y se exhibía ella misma como potencial fuente de fractura social.<sup>5</sup>

Como ámbito de cuestionamiento en el que grupos reclaman su reconocimiento en clave de especificidad, la incidencia de la cultura sobre la definición de las fronteras que perfilan las identidades colectivas es central. Por ello, en la medida que se construye como significado que confiere relevancia a las relaciones, a los mecanismos y a los arreglos de la convivencia social y a sus ordenamientos institucionales, la cultura expresa y conforma las transformaciones espaciales y epocales, materiales y simbólicas, a la vez políticas y sociales. Es en el contexto de los procesos de

<sup>5</sup>Michel Wieviorka, "Cultura, sociedad y democracia", en D. Gutiérrez Martínez (comp.), *Multiculturalismo: desafíos y perspectivas*, México, Siglo XXI Editores, pp. 25-76; Judit Bokser Liwerant, "Globalización, diversidad y pluralismo", en *ibidem*, pp. 79-102.

globalización que asistimos a una transformación de la ecuación Estado-identidad y cultura nacional a la luz de los cambios que en las diferentes dimensiones dichos procesos conllevan y su efecto sobre las identidades colectivas que gravitan en su espacio. Los procesos de globalización han generado nuevas identidades de diferente nivel de agregación y les han conferido una renovada relevancia a las identidades étnicas en la configuración de los espacios globales, nacionales y locales y en el reordenamiento de los espacios territoriales y aún geopolíticos.<sup>6</sup>

La recomposición y emergencia de viejos y nuevos universos identitarios se deriva de múltiples procesos, entre los que destacan las nuevas interacciones entre tiempo y espacio, los procesos de desterritorialización, los flujos migratorios, las transformaciones del Estado nacional y la porosidad de sus fronteras. Un papel central lo desempeña la sociedad de redes, que pone al alcance de las comunidades recursos de comunicación para formular su derecho a la diferencia en planos globales. De igual modo, incide sobre los procesos de construcción de identidades el desplazamiento y fragmentación de los discursos y referentes de la modernidad en el contexto de un orden global. Así, se ha afirmado que la globalización produce condiciones de modernidad radicalizada: las relaciones sociales y la comunicación mundiales pueden ser una de las causas del debilitamiento de sentimientos nacionalistas vinculados con el Estado-nación y por ello, da lugar a otro tipo de identificación regional o étnica que refuerza la emergencia de conflictos con tintes localistas. En esta línea de pensamiento, a medida que las relaciones sociales se amplían, se fortalecen los procesos de autonomía local y de identidad cultural regional.<sup>7</sup>

Según Appadurai,<sup>8</sup> la tensión entre la homogeneización y la diferenciación cultural es el problema central de las interacciones

<sup>6</sup>Judit Bokser Liwerant y Alejandra Salas Porras, "Globalización, identidades colectivas y ciudadanía", *Política y Cultura*, núm. 12, invierno de 1999, pp. 25-52.

<sup>7</sup>Anthony Giddens, *The Consequences of Modernity*, Cambridge, Polity Press, 1994.

<sup>8</sup>Arjun Appadurai, "Disjuncture and Difference in the Global Cultural Economy", en M. Featherstone (comp.), *Global Culture: Nationalism, Globalization and Modernity*, Londres, Sage, 1992, pp. 295-310.

globales. Las fuerzas homogeneizadoras experimentan procesos de asimilación o indigenización y la cultura global se exhibe como un orden complejo plagado de desajustes y traslapes que no pueden ser explicados a partir de esquemas simplificadores como el de centro-periferia, excedente-déficit, o consumidores-productores. La complejidad del orden global, a su juicio, sólo puede entenderse a partir del análisis de los desajustes y traslapes entre las diferentes dimensiones de los flujos globales culturales; todas estas dimensiones se superponen en situaciones particulares y provocan desajustes y desarticulaciones, especialmente en lo que toca a la búsqueda de identidades étnicas y diásporas que chocan o se superponen a identidades nacionales. Desde este punto de vista, ante transformaciones incontrollables y confusas, se refuerza la necesidad de reagruparse en torno a identidades primordiales, religiosas, étnicas, territoriales o nacionales.

Por su parte, Castells destaca que en un mundo de flujos globales de riqueza, poder e imágenes, la búsqueda de una identidad, colectiva o individual, asignada o construida, se convierte en la fuente fundamental de significado social.<sup>9</sup> Esta no es, desde luego, una nueva tendencia, pero adquiere nuevas dimensiones con la intensidad de las interacciones globales y los desajustes que éstas provocan. Considera que la sociedad contemporánea, como sociedad informacional, está lejos de ser compacta, homogénea o coherente. Por el contrario, oscila con grandes tensiones entre dos fuerzas: la globalización (reticular) de la economía, la tecnología y la comunicación y el poder de la identidad; esto es, se da una permanente tensión entre la red global y el yo-nosotros identitario.<sup>10</sup>

<sup>9</sup>Manuel Castells, *La era de la información*, t. 1, *La sociedad de red*; t. 2, *El poder de la identidad*; t. 3, *Fin de Milenio*, México, Siglo XXI Editores, 1999.

<sup>10</sup>A diferencia de Appadurai, quien acentúa la dimensión de aculturación diferencial, Castells subraya la dimensión de resistencia de las identidades, que oponen al nuevo mundo de flujos de información los códigos culturales enraizados en la tradición o en la experiencia local. Cabe destacar que, al reconocer que la sociedad red, procesadora de flujos de información, es incapaz de producir por sí misma identidades plausibles, precisamente por la desestructuración radical a que somete al espacio y al tiempo, subsume las diferentes lógicas y opciones de las identidades tradicionales en el común denominador de lo local.



En este horizonte ha cobrado una renovada centralidad la cuestión de la ciudadanía y sus nexos con la democracia y la justicia. El interrogante en torno a los derechos humanos o las virtudes cívicas queda así inserto en las concepciones que se debaten y que oponen modelos de ciudadanía cuyas diferentes concepciones tienen como protagonistas centrales a liberales y comunitaristas. Ciertamente, las posturas y enfoques que participan en el debate no son estáticos.<sup>11</sup> Han sufrido transformaciones asociadas a los tiempos y lugares en los que se desarrollan. De este modo, hablar de liberalismo y comunitarismo en abstracto, como dos corrientes de pensamiento teórico homogéneas, antagónicas y endogámicas nos llevaría a posiciones simplificadoras y reduccionistas, no sólo porque entre ellas se han dado debates y competencias que han arrojado ricos desarrollos y síntesis argumentativas, sino porque dichos debates afectan de múltiples maneras las instituciones políticas y contribuyen a internalizar prácticas democráticas de diverso alcance. Así, mientras que en Europa, el debate se ha ordenado alrededor de dos ejes: ya sea liberalismo realista *vis-á-vis* el liberalismo ético<sup>12</sup> o bien liberalismo individualista *vis-á-vis* liberalismo social,<sup>13</sup> en Estados Unidos estas corrientes se han ordenado en torno al liberalismo y al comunitarismo, que en otra se corresponden a las corrientes anteriores y en parte se distancian. Dentro de cada una de éstas, las posturas se enriquecen y adquieren diversos matices, al punto que el árbol de la familia liberal se ramifica y se torna híbrido y complejo y el pensamiento comunitarista experimenta su propia diversificación interna.

Sin embargo, tal como señalamos, el concepto no mantiene sólo una dimensión filosófica. La emergencia de nuevos universos identitarios y la necesidad de explorar la visibilidad y la legitimidad de las diferencias se erige en nivel de reflexión de frente al interrogante de cuáles son los alcances y límites del reconocimien-

<sup>11</sup>Judit Bokser Liwerant y Alejandra Salas Porras, *op. cit.*

<sup>12</sup>Richard Bellamy, *Liberalism and Modern Society*, Cambridge, Polity Press, 1992.

<sup>13</sup>José G. Merquior, *Liberalismo viejo y nuevo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1997.

to político e institucional de la alteridad, inserta en los profundos cambios en los espacios públicos, en los perfiles y las figuras de la política; en los espacios de mediación e intermediación, de representación y reconocimiento; de participación y acción.

De allí que el acercamiento al ámbito de las transformaciones políticas incluye los ejes del pluralismo –los pluralismos– y de los nexos entre diversidad-fragmentación cultural y otras dimensiones de la vida social. Vista la diversidad desde la línea cultural, resulta igualmente central recordar con Berlin el pluralismo de “muchos fines, valores últimos, algunos incompatibles con otros, buscados por diferentes sociedades en tiempos diferentes o por diversos grupos (etnias, iglesias) en una sociedad o por una persona particular en ellos”.<sup>14</sup> Paralelamente, sin embargo, rechazó un relativismo que conduce al hombre a ser cautivo de la historia sin la capacidad de ponderar, evaluar y juzgar, por lo que al tiempo que no aceptó las jerarquías culturales impuestas por la fuerza, estaba preocupado por la posibilidad de un igualitarismo cultural que podía derivar en una barbarie consentida. A su vez, el punto de que las culturas nunca son unitarias, ni indivisibles u orgánicas; por el contrario, son una conjunción de ideas, elementos, patrones, conductas distintivas la condujo a plantear que mientras la inmersión en culturas específicas puede darle a los hombres acceso a lo universal, sólo estándares universales pueden proveer los medios para evaluar aspectos específicos de las culturas desde fuera del marco de su propia exclusividad. Recordar esto resulta fundamental de frente a la cuestión de la diferencia y su expresión en el ámbito de lo público.

Por ello, el debate contemporáneo busca deslindar y relacionar las diferentes formas de multiculturalismo, afirmar un multiculturalismo que valora positivamente la diversidad, que no es un “creador de diversidades”.<sup>15</sup> Más aún, cómo la diversidad conjuga la realidad de las sociedades al generar esquemas de convivencia entre distintos grupos e individuos que son atrave-

<sup>14</sup>Isaiah Berlin, “Alleged Relativism in Eighteen-Century European Thought”, *The Crooked Timber of Humanity*, Nueva York, Alfred A. Knopf, 1991, p. 79.

<sup>15</sup>Giovanni Sartori, *La sociedad multiétnica*, Madrid, Taurus, 2001.

sados de manera transversal, además de la pertenencia étnica, por poderes y capacidades de estructuración diferentes y que dan vida a la diversificación.

Analizada la diversidad mediante los nuevos movimientos sociales, de las minorías nacionales y del fenómeno migratorio, cobra relevancia el paso de una definición social a una étnica, nacional, religiosa o racial de la alteridad, como nuevas dimensiones asociadas a las formas de exclusión. De allí, entonces, la diferencia cultural asociada a la cuestión de las identidades transita, en el reclamo de reconocimiento, a la temática de la fragmentación cultural relacionada con la marginación y la vulnerabilidad de los grupos. En diferentes contextos emerge como una problemática compleja que apunta a lo que deviene una cuestión central del debate pero que no se agota en él: cómo los temas de reconocimiento han llegado a parecer alternativos a los temas de distribución e incluso más importantes que éstos. En todo caso, los nexos sustantivos de la llamada política de identidad con la dimensión redistributiva no se resuelven si se reducen uno a otro, ni con las diferencias internas en el campo de la etnicidad. Ello conduce a mantener la complejidad de la diferenciación interna de los grupos —minorías nacionales, poblaciones indígenas— ya que no se trata de igualar u homologar las realidades, expectativas y demandas que son diferentes.

Hoy asistimos a nuevos fenómenos que se ligan esencialmente al desdibujamiento de las fronteras conceptuales y físicas dentro de las cuales se había gestado y consolidado el concepto mismo de lo multicultural: por un lado, la dimensión transnacional que se constituye como el marco dentro del cual se articulan las nuevas interrelaciones entre los diferentes grupos, y que rebasan las antiguas fronteras nacionales que parecían ser el criterio ordenador de las relaciones entre culturas distintas; y, por el otro, los diferentes niveles y formas de hibridación cultural que mueven las fronteras de la adscripción cultural en un nivel más individual e interpersonal.

El primer fenómeno se puede ubicar en el ámbito de un replanteamiento de las relaciones interculturales, siguiendo la

propuesta de categorización de Wieviorka,<sup>16</sup> en un nivel más sociodemográfico e institucional, donde el principal actor puesto en cuestión es el Estado-nación como referente a partir del cual construir pertenencia o diferenciación. Si hasta hace una década las comunidades diaspóricas, caracterizadas por el desplazamiento geográfico de un territorio de origen (mitológico o material) a uno de llegada (el nuevo país de destino de las migraciones de masas) de grupos consistentes de individuos de una misma "cultura" (o etnia) fue adoptado como categoría a partir de la cual explicar el multiculturalismo, hoy en día la multiplicación de los referentes de esas mismas comunidades de migrantes complican el escenario introduciendo nuevas formas de interconexión de comunidades en escala global que rebasan la unidad del referente estatal y comunal para la elaboración de modelos de pertenencia que se manifiestan tanto en la esfera pública como en la privada. En otros términos, si antes el Estado-nación englobaba a la comunidad diaspórica pidiendo una toma de posición frente a sus lazos de lealtad con él mismo y a sus obligaciones como ciudadanos y se ordenaba en una relación dicotómica con el país de origen en su competencia por el derecho de pertenencia, hoy en día las comunidades minoritarias de migrantes o de minorías culturales construyen sus recorridos de identificación a lo largo de vínculos más diferenciados, tanto en términos de tipologías cuanto en términos cuantitativos, manifestando una realidad de redes que traspasan las antiguas fronteras nacionales y hasta comunales para establecer relaciones que originan nuevas formas de ser comunidad.

En las interacciones entre lo global, lo regional, lo nacional y lo local, al tiempo que se desarrollan interacciones transfronterizas se ha avivado el conflicto entre los principios universalistas de las democracias constitucionales y los reclamos particularistas de las comunidades por preservar la integridad de sus estilos de vida habituales.<sup>17</sup> En el marco de fragmentación, rear-

<sup>16</sup>Michel Wieviorka, *op. cit.*

<sup>17</sup>Jürgen Habermas, *Teoría de la acción comunicativa*, Madrid, Alfaguara, 1995.

ticulación y multiplicación de referentes de identificación de grupos e individuos más allá de las fronteras nacionales, lejos de plantear o reducir la desintegración del referente nacional como ordenador institucional de las relaciones entre diferentes grupos culturales, resulta importante atender el papel complejo del Estado. Al tiempo que no ofrece necesariamente un marco referencial macro, puede actuar en calidad de promotor de identidad y de participación para las minorías. Puede desplegar un papel activo en la legitimidad o fomento al desarrollo de procesos vueltos al mantenimiento y de los rasgos distintivos de las minorías, protegiendo su lengua, su cultura, sus costumbres, entre otros. A su vez, el Estado es visto como promotor de inclusión que genera las condiciones básicas para que sea posible una participación política de las minorías, que se manifieste en la capacidad de sus miembros de proponer cuestiones relevantes y defender sus propias posiciones frente a quienes toman decisiones y hasta cooperar con ellos, de proponer reformas, de establecer y manejar sus propias instituciones en ámbitos específicos.<sup>18</sup>

Ahora bien, pensar en los desafíos del multiculturalismo es pensar en sus nexos con la democracia, mediados por los ordenamientos institucionales así como por la figura del sujeto y los valores y las prácticas democráticas, lo que conduce a la necesidad de construir mecanismos que regulen las diferencias y hagan posible manejar las divergencias y los disensos. El pluralismo cultural no se da en el vacío sino en el marco de arreglos y ordenamientos institucionales que necesariamente varían de lugar en lugar, pero que desempeñan un papel central. La coexistencia de un pluralismo político e institucional junto al pluralismo cultural y la convergencia entre ellos, puede contribuir a proveer vehículos institucionales para que las particularidades grupales puedan entrar a la arena pública con las dinámicas requeridas para el juego democrático.<sup>19</sup> Mismo que pone las reglas instrumentales para construir y resolver las diferencias.

<sup>18</sup>Yash Ghai, "Public Participation and Minorities", *Minority Group International Report*, Londres, Brill Academic Publisher, 2003, pp. 5-28.

<sup>19</sup>Jan Katzelson, *op. cit.*

Gran parte de esta problemática ha reforzado los debates contemporáneos en torno a los nexos entre ciudadanía y democracia como dos caras de la misma moneda.

La ampliación de lo público desde el Estado a la sociedad, al tiempo que abre nuevas posibilidades de interacciones que se amplían en las dimensiones locales, nacionales, regionales y globales, trae riesgos asociados a una manera de ver a la sociedad civil como comunidad moral basada en el entendimiento que conduciría necesariamente al consenso sin tener en cuenta la necesidad de mecanismos para manejar los conflictos y el consenso. En el marco de los procesos de globalización, debemos tener presente las diferencias entre contextos en los que las identidades colectivas no han militado contra la idea de sociedad civil sino que, por el contrario, las asociaciones voluntarias se han organizado legitimando sus intereses diferenciales y sus logros conjuntos en el nivel institucional y aquellos en los no fue aceptado el principio de autonomía individual y de igualdad como sustrato de la vida política y, consecuentemente, de las asociaciones.<sup>20</sup> En el primer caso, la interacción mutua entre valores-grupos con el Estado estaría definida por una racionalidad instrumental y ninguno se presenta como, ni representa, una perspectiva moral alternativa a la sociedad en su conjunto. De allí que el interrogante en torno a la posibilidad de la democracia nos remita también hacia la necesidad de distinguir los valores particulares conducidos por colectividades como grupos de interés o bien como universos metafísicos-morales alternativos y en conflicto. Ello incide de manera directa en la dimensión universal de la propuesta ciudadana.

Aún ante el hecho de que la distinción entre libertades políticas y cívicas, por una parte, y las libertades culturales, por la otra, está muchas veces diluida, confundida y, por lo tanto, se plantea la compatibilidad o no de las primeras con otros valores, la democracia aquí tiende a afirmarse en escala global, de modo tal que como idea-proyecto, en su carácter generali-

<sup>20</sup>Adam Seligman, *The Idea of Civil Society*, Nueva York, The Free Press, 1992.

zante, parece abrir la puerta a un desarrollo global, en el marco, indiscutiblemente, de procesos no continuos, multidimensionales, fragmentados y contradictorios. Su oscilación entre nuevas oportunidades y riesgos se vuelve más pronunciada en el contexto de la globalización, porque la emergencia y reforzamiento de viejos y nuevos universos identitarios, la pluralización de actores y las interacciones más allá de delimitaciones espaciales fomentan la formación de redes que atraviesan grupos, etnias, naciones y regiones y ofrecen novedosos referentes de identificación. También reafirman los excluyentes. Nos remite, por tanto, a las nuevas realidades de la globalización que al configurar al mundo como un espacio a la vez único y diferenciado, alientan las expresiones colectivas y permiten, por primera vez, construir identidades y comunidades independientemente de sentimientos, espacios y fronteras nacionales. Las posibilidades que abren este nuevo tipo de aproximaciones también nos orientan a pensar la ciudadanía a partir de la libertad para crear comunidades, para incorporarse a las existentes o bien rechazarlas.

La ampliación social de la ciudadanía y, simultáneamente, los riesgos de fragmentación o feudalización de la vida pública emergen como desafíos a la vez diferenciales y compartidos. El despliegue de nuevas aspiraciones de reestructuración de las esferas pública y privada, así como un cambio en la lógica de la acción colectiva e individual en el marco de sociedades que reconocen su carácter multicultural y han asumido nuevas formas de automovilización y de ordenamientos políticos institucionales que buscan revigorizarse alientan la reflexión hacia los nexos entre ciudadanía, democracia y globalización.

De este modo, democracia y ciudadanía se ven alentadas por procesos que, definidos en clave de los prerequisites del ordenamiento político, dan cuenta de que la democracia depende no sólo de la justicia de sus estructuras básicas sino también de las cualidades y actitudes de sus ciudadanos. Ello resulta tanto más relevante a la luz del binomio de inclusión y exclusión ciudadana en los marcos de las identidades colectivas y del pluralismo

institucional, de ámbitos que sobrepasan las fronteras tradicionales hacia el exterior e, internamente, rebasan el enfoque homogéneo y totalizante de la sociedad.

Si bien es cierto que el multiculturalismo se ha construido como concepto ordenador, descriptivo y programático de un ordenamiento social, principalmente a partir de la dimensión colectiva, las nuevas y más recientes dinámicas que plantean un escenario de creciente interconexión transnacional imponen ciertas consideraciones en torno a la inserción de nuevos referentes de identificación grupal y comunitaria que traspasan las fronteras nacionales y actúan sobre las colectividades como dinamizadores de sus identidades múltiples. Este tipo de transformaciones han sido pensadas desde la crítica a las figuras de la modernidad en términos de un cuestionamiento de las culturas del yo y del otro, de la alteridad y los subalternos. Cabe destacar que en el posmodernismo la reivindicación del subalterno, de su derecho a hablar, de definirse a él mismo en su propia voz se mantuvo siempre desde una perspectiva comunitaria. Esta dimensión de grupo ha sido vista como la primordial alrededor de la cual se construye el sujeto social en el intercambio y en el renovado diálogo para la deconstrucción de los poderes y la construcción de nuevas geometrías de poder más equilibradas o por lo menos más confrontadas. Sin embargo, es necesario tener en cuenta que el reconocimiento a la diferencia no sólo debe confrontar perspectivas esencialistas y jerárquicas de la diferencia, sino también cuestionar la inconmesurabilidad posmoderna de la diferencia. La cual tiene su estrategia al hacer de la alteridad un absoluto no sujeto a norma alguna, tanto sustantiva como de procedimiento, desemboca fácilmente en un relativismo total y en un debilitamiento de los ordenamientos institucionales que garantizan la convivencia humana.<sup>21</sup>

Hoy, sin embargo, si se reconoce la vigencia de identidades colectivas, se plantea en nuevos términos el lugar de lo comu-

<sup>21</sup>Ulrich Beck, "La condition cosmopolita et le piège du nationalisme méthodologique", en M. Wieviorka (dir.), *Les Sciences Sociales en Mutation*, Auxerre Cedex, Editions Sciences Humaines, 2007, pp. 223-236.



nal como sólo una de las posibilidades de existencia del sujeto social, quien se construye en múltiples formas, como individuo, como miembro de asociaciones y agrupaciones de la sociedad civil, como participante en movimientos sociales temporales que generan una identidad asociativa contingente. Se cuestiona así la posibilidad de establecer cuáles son las fronteras de las nuevas “culturas” que supuestamente conforman el crisol en el cual el multiculturalismo pone orden asegurando, por lo menos idealmente, la igualdad y el respeto de todos. La reflexión contemporánea apunta hacia el hecho de que los interlocutores del diálogo político y de la vida social son actores polimorfos que asumen identidades variables en distintos momentos y según criterios variados, por lo tanto, como destaca Ghai,<sup>22</sup> cualquier enfoque cerrado de autonomía grupal basado en los principios de autodefinición está puesto en discusión por la realidad de la existencia de identidades múltiples que se articulan alrededor de factores que no necesariamente corresponden a los étnicos y/o culturales. La fluidez de los procesos de construcción identitaria que generan patrones de adscripción, que no siempre coinciden con las fronteras de las comunidades étnicas de pertenencia, pone en la mesa del debate la cuestión de la multiplicación de los referentes que los individuos y los grupos elaboran.

Es así como de un nivel más institucional y político, el debate sobre el multiculturalismo se desliza hacia la esfera de lo privado, de lo individual y de lo interpersonal, para reconstruir la otra cara de las complejas interacciones entre la identidad y la otredad en un nivel donde la contingencia y la performatividad<sup>23</sup> conquistan el papel predominante.<sup>24</sup> Donde las individualidades se encuentran, en esos espacios intersticiales entre el “yo” y el “otro” que adquieren visibilidad en el momento del intercambio interpersonal, ahí es donde se materializan los proyectos de conformación

<sup>22</sup>Yash Ghai, *op. cit.*

<sup>23</sup>Véase Homi Bhabha, *The Location of Culture*, Londres, Routledge, 1994.

<sup>24</sup>Agradezco a Bárbara Origlio sus aportes originales en el debate sobre las nuevas configuraciones de la dimensión individual de identificación.

identitaria y donde las fronteras colectivas, culturales y étnicas de desdibujan en la acción del individuo.

A nivel del individuo y de su microcosmos de interacciones con la realidad que lo rodea se plantea un universo cultural caracterizado por el polimorfismo, por la constante fluctuación y el movimiento, en un ir y venir a través de las fronteras de lo comunitario, lo nacional, lo transnacional, en un recorrido en el que las formas más tangibles de definición de pertenencia se desdibujan para dejar espacio a la posibilidad de la performatividad<sup>25</sup> como una verdadera estrategia de afirmación de un yo híbrido y en constante reconfiguración, un yo que oscila entre diferentes universos significativos y construye su realidad a partir de una constante redefinición y negociación de códigos que le permiten participar del intercambio en diferentes niveles con individuos más o menos lejanos a él.<sup>26</sup>

En este nivel se descubre el modo como la fragmentación y la diversidad cultural se transforma en un laberinto de posibilidades y potencialidades del ser que le confieren a la identidad esa característica de extrema movilidad y mutabilidad. El encuentro y el contacto, físico o virtual, con una multiplicidad de diferentes enfoques del mundo que se manifiestan en prácticas y formas de comunicación distintas, en sistemas de significación diferentes, enfrentan al individuo a la posibilidad de moverse hacia atrás, hacia una cristalización de modelos ya adquiridos y propios de una identidad esencialista, o de acceder a la “contaminación” de formas y contenidos mediante la práctica de relaciones dialógicas con el “otro”.

Sin duda alguna, el contacto con la otredad genera el desarrollo de habilidades culturales y comunicativas que le permiten al individuo entrar y salir de un sistema de interpretaciones para entenderse con los demás y, al mismo tiempo, genera unos inevitables procesos de hibridación en los cuales “algunas formas se separan de las prácticas existentes y se recombinan con

<sup>25</sup>Paul Gilroy, *The Black Atlantic: Modernity and Double Consciousness*, Londres y Nueva York, Verso, 1993a.

<sup>26</sup>Umberto Eco, *Tratado de semiótica general*, Madrid, Lumen, 1979.

nuevas formas en nuevas prácticas”.<sup>27</sup> La idea de hibridación como un proceso de intercambio y reconfiguración de sistemas de comprensión de la realidad y sus consecuentes redefiniciones de prácticas y hábitos se propone entonces como una alternativa a las perspectivas comunitaristas del multiculturalismo a partir de la consideración de la relevancia de la dimensión individual y fragmentada que caracteriza la experiencia actual de quienes están insertos en las dinámicas de mundialización y globalización. Siguiendo la propuesta de Canclini, el resultado de esos contactos con la diversidad cultural, tanto en escala individual como colectiva, se configura en “procesos socioculturales en los que estructuras o prácticas discretas, que existían en forma separada, se combinan para generar nuevas estructuras, objetos y prácticas”.<sup>28</sup>

La naturaleza “tangible” de lo híbrido plantea la recuperación del aspecto inmaterial de la cultura, de la conformación binaria de todo sistema de significación como un conjunto de estructura y de práctica, una combinación de intención y acción,<sup>29</sup> de culturas constituida y vivida.<sup>30</sup> No es tema nuevo en el debate en las ciencias sociales, sobre todo las antropológicas, tratar la dimensión polar de la cultura como categoría funcional al análisis de las relaciones humanas:<sup>31</sup> por un lado, sin duda hay una dimensión material, la de la práctica, de los objetos, de las conductas, de las conversaciones, que es la dimensión observable y a partir de la cual se fijan las fronteras entre culturas, el referente primario para establecer las distinciones. Sin embargo, también en un nivel más cognitivo e intangible la cultura se plasma en la experiencia cotidiana de individuos y comunidades,

<sup>27</sup>William Rowe y Vivian Schelling, *Memory and Modernity: Popular Culture in Latin America*, Londres, Verso, 1991, p. 231.

<sup>28</sup>Néstor García Canclini, *Culturas híbridas*, México, Grijalbo, 1990, p. III.

<sup>29</sup>Sherry Ortner, “Theory in Anthropology Since the Sixties”, *Comparative Studies in Society and History*, 1984, pp. 126-166.

<sup>30</sup>Marshall Sahlins, “Individual Experience and Cultural Order”, en W.H. Krustel (comp.), *The Social Sciences: Their Nature and Uses*, Chicago, University of Chicago Press, 1982, pp. 35-48.

<sup>31</sup>Alessandro Lugo, “Reflexiones sobre la teoría de la frontera”, en S. Michaelson y M. Johnson, *Teoría de la frontera*, Barcelona, Gedisa, 2003, pp. 66-69.

como sistema de elementos, signos, códigos que configuran los hábitos interpretativos de una comunidad de intérpretes, informando de esta manera los procesos de construcción y de lectura de la realidad.

Resulta por lo tanto interesante destacar que en el nivel individual las posibilidades de pertenencias múltiples, y cada una sui géneris, cuestionan las materializaciones colectivas sin más de visiones compartidas del mundo. La coexistencia de identidades múltiples exige flexibilizar el concepto de multiculturalismo intrínsecamente ligado a un sistema de categorización que exige una constante redefinición de fronteras entre culturas. Se podría delinear la hipótesis de la pertinencia de una definición de multiculturalismo a “doble velocidad”: por un lado, el aspecto *visible* de la convivencia intercultural en marcos sociales e institucionales caracterizados por la participación de los individuos y las colectividades en la esfera pública; por otro, el fragmentado universo de la individualidad caracterizado por un dinamismo constante que, siguiendo a Brian Stross,<sup>32</sup> se conforma mediante una serie de “ciclos de hibridación”, en los cuales pasamos de formas aparentemente homogéneas a otras mezcladas y después otra vez homogéneas sin que ninguna sea totalmente pura.

A la luz de esta doble perspectiva que se mueve sobre el eje que liga la experiencia colectiva de la diversidad cultural con la dimensión individual de la experiencia de la reconfiguración de la identidad y de la otredad, se abre el paso a un replanteamiento del concepto de multiculturalismo y de su funcionalidad para la definición y la comprensión de las actuales condiciones de convivencia entre seres humanos.

Si las identidades colectivas se presentan como un territorio de construcción de identidad y de acción individual y grupal, es en el nivel de las relaciones interpersonales donde la definición de una pertenencia unívoca e incuestionable resulta ya imposi-

<sup>32</sup>Brian Stross, “The Hybrid Metaphor. From Biology to culture”, *Journal of American Folklore*, vol. 112, núm. 445, EUA, American Folklore Society, 1999, pp. 254-267.

ble. Por medio de la incorporación de nuevos elementos o hábitos los individuos se mueven hacia los demás (o lejos de ellos) en un “tercer espacio” intersticial<sup>33</sup> que surge de la negociación y del encuentro con la otredad, un espacio de diálogo y al mismo tiempo de conflicto, de mutación y reformulación. En esta línea es posible entonces trazar la borrosa línea que liga las dimensiones individual y colectiva de la experiencia de la diversidad cultural, que encuentra su espacio privilegiado de manifestación en la cultura, concebida como un verdadero campo de batalla<sup>34</sup> en el cual los procesos de hibridación se transforman en la clave de lectura que permite superar la exclusiva visión dicotómica de un “nosotros” frente a un “ellos” para afirmar la validez de una lectura multifocal que pueda dar cuenta de la creciente complejidad que hoy implica cualquier forma de convivencia multicultural. En este nuevo escenario caracterizado por la porosidad de las fronteras materiales y simbólicas, donde los *loci* de construcción de identidad individual y colectiva se configuran como espacios desterritorializados y sobrecargados de significados que se vinculan con referentes cada vez más diversos, el concepto mismo de multiculturalismo exige ser revisado, ampliado.

Parece entonces posible, retomando a Massey, alegar la emergencia de un nuevo “sentido global del espacio” que caracteriza la experiencia cotidiana del multiculturalismo como un proceso de ablandamiento de los lazos entre cultura y territorio, y como consecuente afirmación del hecho de que “cualquier lugar es el *focus* de una muy peculiar mezcla de relaciones sociales más locales y al mismo tiempo más amplias”.<sup>35</sup>

Desde ambas perspectivas, entonces, se exige hoy una nueva síntesis conceptual que al tiempo que reconoce la vigencia y la renovada fuerza de las identidades colectivas primordialistas,

<sup>33</sup>Homi Bhabha, *op. cit.*

<sup>34</sup>Ian Nederveen Pieterse, *Globalization and Culture: Global Mélange*, Rowman Oxford & Littlefield, 2004, p. 115.

<sup>35</sup>Doreen Massey, “A Global Sense of Place”, en A. Gray y J. McGuigan (comps.), *Studying Culture*, Londres, Edward Arnold, 1993, p. 240.

explora la ampliación de los márgenes de fluctuación de las identidades individuales. En el proceso de configuración de la cultura en su propia diversidad interna, el binomio identidad-diversidad arroja luz sobre nuevas potencialidades de un concepto de multiculturalismo que opere una mediación entre los dos niveles y los múltiples escenarios y paisajes donde se despliegan, tanto el local como el nacional, el regional y el global

## BIBLIOGRAFÍA

- APPADURAI, Arjun, "Disjuncture and Difference in the Global Cultural Economy", en M. Featherstone (comp.), *Global Culture: Nationalism, Globalization and Modernity*, Londres, Sage, 1992.
- BECK, Ulrich, "La condition cosmopolita et le piege du nationalisme metodologique", en M. Wiewiorka (dir.), *Les sciences sociales en mutation*, Auxerre Cedex, Editions Sciences Humaines, 2007.
- BHABHA, Homi, *The Location of Culture*, Londres, Routledge, 1994.
- BELLAMY, Richard, *Liberalism and Modern Society*, Cambridge, Polity Press, 1992.
- BENHABIB, Sheyla, "Toward a Deliberative Model of Democratic Legitimacy", en S. Benhabib (ed.), *Democracy and Difference: Contesting the Boundaries of the Political*, Princeton, Nueva Jersey, Princeton University Press, 1996.
- BERLIN, Isaiah, "Alleged Relativism in Eighteen-Century European Thought", *The Crooked Timber of Humanity*, Nueva York, Alfred A. Knopf, 1991.
- BOKSER LIWERANT, Judit, "Globalización, diversidad y pluralismo", en D. Gutiérrez Martínez (comp.), *Multiculturalismo: desafíos y perspectivas*, México, Siglo XXI Editores, 2006.
- y Alejandra Salas Porras, "Globalización, identidades colectivas y ciudadanía", *Política y Cultura*, núm. 12, invierno de 1999.
- CASTELLS, Manuel, *La era de la información*, t 1; *La sociedad de red*, t. 2; *El Poder de la Identidad*, t. 3; *Fin de milenio*, México, Siglo XXI Editores, 1999.
- DAHRENDORF, Ralf G., "La naturaleza cambiante de la ciudadanía", *La Política. Revista de Estudios sobre el Estado y la Sociedad*, Barcelona, Paidós, octubre de 2007.
- ECO, Umberto, *Tratado de semiótica general*, Madrid, Lumen, 1979.

- GARCÍA CANCLINI, Néstor, *Culturas híbridas*, México, Grijalbo, 1990.
- GHAJ, Yash, "Public Participation and Minorities", *Minority Group International Report*, Londres, Brill Academic Publisher, 2003.
- GIDDENS, Anthony, *The Consequences of Modernity*, Cambridge, Polity Press, 1994.
- GILROY, Paul, *The Black Atlantic: Modernity and Double Consciousness*, Londres y Nueva York, Verso, 1993.
- HABERMAS, Jürgen, *Teoría de la acción comunicativa*, Madrid, Alfaguara, 1995.
- KATZNELSON, Ira, *Liberalism's Crooked Circle*, Princeton, Nueva Jersey, Princeton University Press, 1996.
- LUGO, Alessandro, "Reflexiones sobre la teoría de la frontera", en S. Michaelson y M. Johnson, *Teoría de la frontera*, Barcelona, Gedisa, 2003.
- MASSEY, Doreen, "A Global Sense of Place", en A. Gray y J. McGuigan (comps.), *Studying Culture*, Londres, Edward Arnold, 1993.
- MERQUIOR, José G., *Liberalismo viejo y nuevo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1997.
- NIEDERVEEN PIETERSE, Ian, *Globalization and Culture: Global Mélange*, Oxford, Rowman & Littlefield, 2004.
- ORTNER, Sherry, "Theory in Anthropology Since the Sixties", *Comparative Studies in Society and History*, 1984.
- PAREKH, Bhikhu, *Repensando el multiculturalismo*, Madrid, Istmo, 2000.
- ROWE, William y Vivian Schelling, *Memory and Modernity: Popular culture in Latin America*, Londres, Verso, 1991.
- SAHLINS, Marshall, "Individual Experience and Cultural Order", en W.H. Krustel (comp.), *The Social Sciences: Their Nature and Uses*, Chicago, University of Chicago Press, 1982.
- SARTORI, Giovanni, *La sociedad multiétnica*, Madrid, Taurus, 2001.
- SELIGMAN, Adam, *The Idea of Civil Society*, Nueva York, The Free Press, 1992.
- STROSS, Brian, "The hybrid metaphor. From biology to culture", *Journal of American Folklore*, vol. 112, núm. 445, 1999, EUA, American Folklore Society.
- WIEVIORKA, Michel, "Is Multiculturalism the Solution?", *Ethnic and Racial Studies*, vol. 21, núm. 5, septiembre de 1998.
- , "Cultura, sociedad y democracia", en D. Gutiérrez Martínez (comp.), *Multiculturalismo: desafíos y perspectivas*, México, Siglo XXI Editores, 2006.